

eran, como los latinos, de raza arya, y vivían formando tribus de cazadores y guerreros, como los griegos, persas é indostánicos, en sus tiempos primitivos. El idioma y las costumbres, no dejan duda alguna acerca de su común origen.

Los más antiguos de estos pueblos fueron los *sabinos*. Así, cuando menos, aparece de la tradición relativa á la «primavera consagrada.» Según esta tradición, los *sabinos* resolvieron sacrificar á sus dioses, para aplacarlos, todos los niños que nacieran durante una primavera; pero llegados á la mayor edad, abandonaron su tribu, y se dirigieron á diversos puntos de *Italia*, tomando como guía, cada banda que formaron, uno de los animales que llamaban sagrados, *picoverde*, *lobo*, *toro*, etc. De aquí el nombre de muchas ciudades ó pueblos, tales como *pícentinos*, *hirpínos* y *Boviano*, capital de la confederación de los *samnitás*. Qué origen tenían los latinos? Eran anteriores á los *sabinos*? No se sabe. Lo único que puede asegurarse es que para el siglo VIII, época probable de la fundación de *Roma*, los habitantes del *Lacio* aparecen más adelantados que sus vecinos, pues sabían cultivar la tierra y construir fortalezas.

Pero una de las tribus más poderosas que salieron de la *Sabina* fué la de los *samnitás*. Vivían en los *Abruzos*, y de allí descendían á la *Campania* y *Nápoles* para asolar las ciudades griegas y etruscas. Lucharon dos siglos contra los romanos, y al fin fueron vencidos, por que carecían de la organización vigorosa de la ciudad latina; pero más de una vez estuvieron á punto de acabar con el poder y la fortuna de *Roma*.

Al sur de la península estaban las numerosas colonias griegas, entre las cuales descollaban por su riqueza: *Sibarís*, *Crotona* y *Tarento*; mientras que al norte, más allá del *Lacio* y del *Tíber*, habitaban los etruscos, pueblo singular, cuyo origen es enteramente desconocido: formaba una confederación de doce ciudades, con su capital fortificada, su rey y su gobierno: el alfabeto que usaban era muy semejante al griego, y sus vasos y objetos de adorno, que han sido descubiertos por millares en las tumbas recientemente abiertas en el suelo de *Toscana*, muestran, que si no tenían origen común con los helenos, cuando menos mantuvieron con ellos relaciones comerciales. Tal vez alguna banda

salida de su seno contribuyó á formar á *Roma*, según parece demostrarlo la comunidad de algunos ritos religiosos de ambos pueblos, así como la tradición relativa á los *Tarquínos*.

Por último, del *Po* á los *Alpes* vivían algunas de aquellas bandas casi salvajes de *galos*, que formaban como las avanzadas de pueblos numerosos y bravíos, situados más allá de las montañas cubiertas de nieve, en regiones desconocidas para los italianos de aquella época.

Con estos pueblos tuvo que luchar *Roma* desde sus comienzos. La mayor parte era del mismo origen, del mismo carácter duro, firme y pendenciero, más aún que los latinos; así es que tardó cinco siglos en someter la *Italia*. La conquista comenzada en la época fabulosa de sus reyes, terminó en 266. La mayor parte de los sucesos pertenecientes á esta conquista son fabulosos, cuando menos en sus episodios [1]; pero es indudable que en esa conquista, los romanos adquirieron las virtudes que «tan fatales fueron al mundo.»

CAPITULO II.

Religión Romana.

I.—Los Dioses.

LOS romanos primitivos llamaban á sus dioses *manifestaciones*, esto es, la expresión multiforme de una fuerza divina desconocida. No imaginaban que las divinidades pudieran ser hombres, como suponían los griegos: la religión romana estaba, pues, muy lejos de ser un *antropomorfismo*, como la religión helénica; no confundían á los héroes con los dioses; no relataban sus hazañas, no conocían

(1) Como se ha dicho, la historia romana adquiere cierto carácter de certeza á partir de la toma de Veyes (405). Desde entonces son más auténticos los datos y menos maravillosos los episodios.

la genealogía ni el parentesco entre sus divinidades: no tenían, pues, *mitología*. Ni siquiera pensaron los primitivos romanos en venerar ídolos. Más tarde, con el trato y comercio con *Grecia*, Roma adoptó el *antropomorfismo*, la *teogonía* y la *mitología helénicas*, quedando el politeísmo greco-romano en la forma que lo ha conocido la posteridad.

Esta confusión fué tanto más fácil, cuanto que los dioses romanos tenían ciertas funciones; pero carecían de forma, caracteres é historia. Así, *Júpiter*, dios del cielo, se transformó en *Zeus*; *Mercurio* en *Hermés*; *Vulcano* en *Hefáistos*; *Marte* en *Arés*; *Neptuno* en *Poseidón*; *Juno* en *Hera*, *Minerva* en *Atenea*, etc habiendo llegado á ser la confusión tan completa, que hoy mismo se da á los principales dioses del gentilismo los nombres latinos, y no los griegos que les corresponden con mayor propiedad.

Por bajo de los dioses superiores imaginaban muchos otros inferiores, tantos cuantos eran los seres y fuerzas naturales que observaban y que más fijaban su atención: el aire, las montañas, las fuentes, los ríos, los bosques, y hasta las concepciones abstractas y las ideas morales, como la fortuna, la gloria, el deber, la propiedad, la salud y la vida. Cada persona tenía su ángel ó divinidad tutelar, y hasta para cada acto de la vida imaginaron los romanos una deidad, á que tributaban un culto minucioso y rígido. A esto se debe sin duda, el que los romanos se creyeran «los más religiosos de los hombres.» Así lo dicen por boca de *Cicerón*, el más grande y fidedigno de sus escritores.

II.—El Culto.

EL culto entre los romanos consistía en decir y hacer cosas que ellos creían propicias para su vida, y agradables á los dioses. Con esto pensaban tenerlos contentos, y obtener que las divinidades les concediesen lo que querían, puesto que concebían la religión como un cambio de atenciones y de servicios. Su naturaleza positivista se revelaba hasta en la religión: los romanos decían que «la persona á quien los dioses eran favorables ganaba dinero»

Las ceremonias religiosas que ofrecen á los dioses, presentan entre los romanos un carácter minucioso y formalista que no presenta en los demás pueblos, con excepción tal vez de los judíos. Creen que el culto consiste en la fórmula y no en el espíritu de la ceremonia. Lo principal es, así, cumplir con los ritos, y hasta suponen que estos mismos ritos y fórmulas encierran una especie de virtud mágica que puede cambiar favorablemente el ánimo airado de los dioses. Débese invocar á *Ceres*, para tener abundante cosecha, á *Mercurio*, para ganar en el comercio y á *Neptuno* para hacer un feliz viaje por mar; débese suplicar vestido de limpio, provisto de una ofrenda, y llamar siempre de pie al dios, y con la cara oculta con un velo. Si hay error en una palabra, si se descuida lo más insignificante del ritual, debe comenzarse de nuevo la oración ó ceremonia, puesto que los dioses no la agradecerán.

Como todos los pueblos antiguos, los romanos eran muy supersticiosos; su principal superstición fué, como entre los griegos, la creencia en los presagios ó avisos de los dioses. Cualquier fenómeno de la naturaleza era interpretado como un aviso del dios, y aun se les interrogaba directamente para seguir determinada conducta en cualquier trance de la vida. El general antes de dar la batalla, examina las entrañas de ciertos animales; el magistrado antes de abrir la sesión de la asamblea, estudia el vuelo de las aves que cruzan el cielo. Tenían *augures*, ó sacerdotes encargados de predecir los sucesos, interpretando los fenómenos naturales; otros sacerdotes cuidaban de los libros *sibílinos* en que estaban contenidas las antiguas profecías, y los había, en fin, que mantenían los *gansos sagrados*, á que, según los romanos, se debía la conservación de *Roma*.

III.—Culto del hogar.

SIN embargo, la conservación de *Roma* se debía, según creencia arraigadísima entre sus habitantes, á la conservación del *fuego* (*Vesta*): los romanos no olvidaron este culto de los antiguos Ar-

yas (indostánicos y persas) (1). Estaban encargadas de mantenerlo siempre vivo cuatro vírgenes, hijas de las familias más antiguas é ilustres de la ciudad, pues que la extinción de la sagrada llama era señal cierta de la destrucción del pueblo romano. Si una de estas vírgenes (las vestales) falta á su voto, la entierran viva, porque ha puesto en peligro la salud y la vida del pueblo romano.

Este culto se enlazaba con el que los romanos tributaban á el alma de los muertos, y con el culto del *hogar* (Vesta, pues hogar y fuego eran lo mismo). El ritual minucioso de este pueblo exigía que al morir una persona, se le incinerara cuidadosamente en una pira preparada al efecto, depositando luego las cenizas en una urna que debía conservarse como el objeto más venerado de la familia: solo de esta manera el alma del difunto se convertía en dios (dioses manes). Si no se hacía esto, el alma no entraba á la región desconocida, y volvía apareciéndose á los vivos, hasta que se le tributaban las ceremonias del ritual [2]. Solo de este modo, las almas de los antepasados se convertían en dioses (dioses manes), en divinidades tutelares de sus descendientes, á quienes cuidaban y protegían durante la vida. Estas á su vez, debían honrar á sus antepasados como á sus dioses más íntimos (dioses domésticos ó penates), cuya residencia transformaba la casa en un templo (dioses de la casa) [3].

De este culto se derivaba en gran parte la vida privada é íntima de los romanos y la vigorosa organización de la familia, en que puede verse el secreto de fuerza y de poder en aquel pueblo singular. Como la casa era un templo, con sus dioses y su culto, para formar parte de esta comunidad religiosa y adorar á unos mismos antepasados, precisaba unirse á ella mediante un lazo sagrado, el del matrimonio. La mujer pasa del dominio del padre al del marido, (pues que nunca es libre);

(1) Solo los griegos parece que lo olvidaron enteramente; fenómeno tanto más difícil de explicar, cuanto que éstos eran, como pueblo ó nación, más antiguos que los romanos. Es notable también que los aztecas ó mejicanos tenían al fuego la misma veneración que los romanos.

(2) Esta superstición existe aún hasta entre la gente ignorante.

(3) De aquí las frases: «vuelvo á mis lares» (vuelvo á mi casa); «abandono mis penates», ó sea los objetos de mi consagración y mi cariño, y otras muchas.

pero como *matrona* ó «madre de familia» iguala en dignidad al *patrono* ó «padre de familia.» El, como sacerdote del culto de los antepasados, es el propietario del dominio ó bienes, y soberano absoluto de la familia; élla, como sacerdotisa del *hogar*, vigila y dirige los trabajos domésticos, hila y teje la lana, cuida de sus hijos y ordena lo necesario. No era instruida, porque á los romanos de los primeros tiempos no les preocupaba la instrucción; pero no mantenían á la mujer alejada de la vida social, como los orientales y los griegos.

La organización de la familia en *Roma* era, pues, religiosa; pero el Estado nunca fué teocrático. Los sacerdotes jamás formaron clase ó casta por separado, y nunca tuvieron influencia en los asuntos públicos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO III.

Organización política y social de Roma.

I.—Patricios y plebeyos.



FINES del siglo VI, antes de *Jesucristo*, cuando ya habían sometido los pueblos de la Italia central, los romanos estaban divididos en dos clases: *pueblo y plebe*, ó sean, *patricios y plebeyos*. Los *patricios* eran los únicos que tenían derecho á formar el gobierno de la ciudad, asistir á las ceremonias religiosas y gozar, en consecuencia, de los honores anejos á estas funciones; mientras que los plebeyos carecían de estos privilegios. No les era lícito invocar la ley romana ni enlazarse en matrimonio con una mujer perteneciente á la clase privilegiada. Y, sin embargo, los plebeyos formaban en el ejército al lado de los patricios; algunos tenían suficientes bienes para vivir holgadamente y contribuían lo mismo que aquellos al mejoramiento y esplendor del Estado. No podían, pues, permanecer más tiempo en tan duras condiciones, sin dejar de ser ciudadanos.

Pronto obtuvieron la igualdad *civil* y social con la redacción de la ley de las *doce tablas*, en que estaban con-